

Señor mío y Dios mío

Ricardo Garibay: la fiera inteligencia

Alejandra Atala



Colección: No ficción De otro tipo

Género: Novela testimonial

Alejandra Atala

Señor mío y Dios mío / Alejandra Atala

—México: Editorial De otro tipo, 2014

288 p. 23 cm.

Colección: No ficción De otro tipo

Género: Novela testimonial

Primera edición: 2013, Editorial Océano

© Alejandra Atala, 2013

D.R. © 2014 Editorial De otro tipo S.A. de C.V.

1ª Privada de Mariano Abasolo 10 B. Santa María Tepepan

Xochimilco. C.P. 16020

Comentarios y sugerencias:

01 (55) 15 09 23 17

www.deotrotipo.mx

Editor: Walter Jay

Formación: Selene Solano Jandete

Portada: Mauricio Gómez Morin

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 978-607-96398-5-3

Impreso en México / Printed in Mexico



Contenido

Abr il	5, 1999	13
Abr il	6, 1999	18
Abr il	7, 1999	21
Abr il	13, 1999	23
Abr il	14, 1999	24
Abr il	16, 1999	26
Abr il	17, 1999	31
Abr il	21, 1999	39
Abr il	23, 1999	45
Abr il	27, 1999	48
Abr il	28, 1999	54
Mayo	5, 1999	59
Mayo	8, 1999	64
Mayo	10, 1999	67
Mayo	11, 1999	72
Mayo	12, 1999	77
Mayo	13, 1999	83
Mayo	14, 1999	85
Mayo	24, 17 1999	93
Mayo	18, 1999	103

Mayo	19, 1999	105
Mayo	20, 1999	107
Mayo	25, 1999	113
Mayo	27, 1999	115
Mayo	31, 1999	123
Junio	primero, 1999	127
Junio	2, 1999	130
Junio	3, 1999	134
Junio	7, 1999	135
Junio	8, 1999	142
Junio	9, 1999	146
Junio	11, 1999	152
Junio	14, 1999	157
Junio	15, 1999	158
Junio	16, 1999	162
Junio	17, 1999	166
Junio	21, 1999	174
Junio	22, 1999	179
Junio	23, 1999	181
Junio	25, 1999	183
Junio	28, 1999	184
Junio	29, 1999	188
Julio	1, 1999	192
Julio	5, 1999	198

Jul io	8, 1999	201
Jul io	9, 1999	208
Jul io	10, 1999	214
Jul io	13, 1999	219
Jul io	15, 1999	222
Jul io	21, 1999	227
Jul io	26, 1999	229
Jul io	29, 1999	239
Agost o	2, 1999	246
Agost o	3, 1999	251
Agost o	4, 1999	255
Agosto	11, 1999	258

ABRIL 5, 1999

¿Quién dijo que los monstruos no existen?

Existen. Y parece ser que estos portadores del susto, en las manos de los médicos adquieren su forma en las enfermedades que, en su diversificación, tienen que ver de una y de otra manera con el dolor. En cambio, confirmando continuamente su existencia, los monstruos en las manos de los escritores emergen al ser plasmados en los tipos sobre el papel, produciendo en su manifestación dolor, o siendo dolor ellos mismos.

El dolor en sí atisba aquí y allá, como un feroz y hambriento monstruo que si por azar y por insistencia se deja ver a los ojos de aquel que ambiciosamente desea reconocer su forma y dibujarla, adquiere dimensiones inconmensurables...

Mi perplejidad ante este monstruo, al que hemos dado en llamar dolor, no se ha detenido en el incesante bullir de la vida, en la historia que van haciendo los días de los hombres y sus avatares, en las obras y en las vidas impresas con tintas trágicas; tampoco en los breves anecdóticos de mi hermano médico y de otros tantos médicos escritores o escritores que en sus afanes literarios se convierten en médicos.

Hace tiempo he venido presenciando, frente a frente, el martirio de Garibay, martirio que comenzó a tomar forma en

sus mocedades y que ahora está corporizándose terriblemente, invitando una vez más a la perplejidad y a las entrañas para dibujarlo en su monstruosa aparición.

Siete años han pasado desde que le diagnosticaron cáncer prostático. Las circunstancias de entonces apuntalaban esa represión a la que este hombre se hizo sujeto, dando como consecuencia el origen de este aberrante padecimiento. A lo largo de su vida, que se tiende sobre su obra, Garibay ha sido habitante de una dicotomía amorosa que, ciertamente, no reposa en una misma persona y que más tarde derivó en la represión.

En un momento dado, arrepentido, Garibay quiso volver al yugo familiar. Ya era tarde. Su existencia había vencido tiempo atrás la gana ferviente de ser el “buen” esposo y el “buen” padre. Sin embargo, Garibay, impertérrito, siguió el rigor moral de la cultura católica de Occidente que nos abraza y que a él lo envolvió desde pequeño, pensando que de esta manera truca-ría el sometimiento a una elección moral de no menos sinceros causes. Lamentablemente, esta situación expiatoria vino a agostar el tiempo de su existencia, trayendo consigo el cáncer. Garibay no estaba cabalmente convencido de su elección.

Visitó al médico, satisfizo prescripciones, después vino la operación, luego la otra y, entre ellas y después, los medicamentos...

Cedió el cáncer. Garibay exultante por los resultados de laboratorio que acusaban una clara erradicación de antígenos, sin parar mientes en nada más, siguió el consejo de Feder, su psicoanalista: volvió a la búsqueda de una amante.

Nuevamente inmerso en la doble vida, Garibay entró en esa zozobra paranoica de ser descubierto. Día a día, agazapado en su biblioteca, hablando en sordina al teléfono y descolgando a toda velocidad el auricular al primer timbrazo, vivía entre el gozo y el dolor. Acostumbrado a este frenesí consuetudinario

siguió sus propios lineamientos, procurándose tal “bienestar” que suspendió por cuatro meses el medicamento que tenía que aplicarse puntualmente cada treinta días. Los resultados del laboratorio le dieron en el rostro. El nivel de antígenos volvió a subir desmesuradamente.

Garibay se aplicó nuevamente a la dieta médica, así como al consejo de su psicoanalista, dejando atrás sus prístinas inclinaciones morales. Hoy, sin embargo, lleva treinta días dolorido. Dada una juventud prolífica en los deportes, Garibay vive las molestas consecuencias en el nervio ciático y, esto me hizo creer porque así lo deseé, en la mera y voluntaria gana de no ver, que en esta ocasión el dolor, era ese mismo. Pero no, esta vez el dolor que lo habita inmisericordemente, provocándole tensiones musculares que lo llevan a enrojecer hasta el púpura, en donde los dientes se muerden a sí mismos en la más terrible mueca de sufrimiento físico, es otro. Lo sé y ¡odio saberlo!

Hace unos días vi a Garibay. Me dijo que se llevaron a cabo los análisis que le prescribieron —con las placas magnéticas— para ver la causa del dolor. Me pidió, como en aquella primera ocasión hace siete años, que no se lo dijera a nadie, pues ya tenía los resultados: el dolor en su espalda es ya síntoma inequívoco del cáncer que ha llegado a la columna.

A partir de esta infausta noticia, he estado viendo a Garibay con más frecuencia.

Sentado a su escritorio, mordiéndose el labio superior, deslizándolo con exquisita suavidad la pluma sobre el papel, Garibay apenas notó que entré en la biblioteca. De pie, esperando la atención necesaria para acercarse al silloncito de mimbre que usualmente coloco frente a su escritorio, miraba con indecible aflicción los intermitentes temblores que parecían tener su asidero en la vibrante pluma, así como la perturbadora y encarnada

contracción de su rostro; visión asaz desoladora que llegó al paroxismo cuando Garibay, vuelto hacia mí, mostró una sonrisa afable. ¡Dios!, cada estremecimiento de Garibay equivalía a una fuerte punzada en mis entrañas.

Modulando mi voz, tanto como mi ánimo, después de esa grata sonrisa me acerqué.

— Siéntate, hija, siéntate —dijo Garibay con dulzura.

La voz, mi voz, me traicionaba. ¡Quería hablar y no podía! Acerqué el sillón.

—¿Qué hay? —Garibay seguía escribiendo, sus labios aparecían y desaparecían apresados en su boca. De pronto: ¡Ay, ay, ay, ayyy! —Garibay soltó la pluma—, espera, espera, espera —me decía mientras sofocaba el espasmo del dolor.
— Sí —musité estupefacta.

Pasó el espasmo; el tono del rostro de Garibay volvió a ser rosado, aunque esta vez, ligeramente macilento.

Desolado por la enfermedad y el dolor, Garibay habla cada vez con menos énfasis, con menos vehemencia, con menos pasión, pasión que tiene que verter con todo su poderío en el ánimo para recuperarse, si es que verdaderamente el ánimo está en ello, cosa de lo que no estoy cabalmente segura.

Levantó la vista, me miró. Con cierta dificultad, conseguí sostener esa mirada de extraordinaria brillantez.

—El dolor sin la fe, Alejandra, es estéril, es yermo, ¡no sirve para un carajo! —Garibay jalaba con su aliento atenuado la voz.

—Creo que tienes la fe, Garibay —me apresuré a decir, advirtiéndolo a través del ventanal que la araucaria había dado cuatro ramas nuevas en su pináculo.

—No —contestó con amarga gravedad—, la perdí hace tiempo.

—Pero, Garibay, ¿cómo se puede tener fe y luego perderla? —pregunté con la gana de ayudarlo de veras, y sí, con la gana de entender.

—Estaba en la iglesia con mi mujer y mis hijos, rezábamos el rosario, solíamos hacerlo con frecuencia —rio apenas, extenuado—, y, saliendo de allí, de la iglesia, me iba con una amante... No, Alejandra, no era posible que esto siguiera. Eso es adulterio, ¿cómo, tú dime, cómo?

—Una cosa es la fe, otra las culpas y, ¿sabes? —echando mano de la hermosa poesía bíblica, me obligué a decir—: no creo que Dios nos ame en la medida de las culpas que sentimos, esto que te digo me parece que está escrito en el Salmo 103: Jehová “no nos trata según nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras culpas”.

ABRIL 6, 1999

Encorvado en la orilla de la cama, Garibay lloraba. Las lágrimas serpeaban por los pliegues de su rostro mientras suspiraba con acritud su incapacidad de movimiento. El dolor, a pesar de las inyecciones de analgésicos poderosísimos, sigue habitándolo.

El hombre aquel, robusto, gallardo, brioso y cascarrabias, se ha transformado en un ente dolorido que persiste en su tajante lucidez, en su prodigiosa inteligencia, en su memoria: florilegio de reflexiones... Su espíritu, más que nunca, es muestra de una entereza toral. Garibay habita en esa periferia lastimada, vetusta ya, a cada rato.

Alto y fornido llegó don Saúl, el que vendió su primogenitura por un plato de lentejas, como dice Garibay. Plegada, traía en vilo una silla de ruedas. ¡Ay!, esa silla de ruedas que Garibay previó, ya en su amigo Bonifaz, ya en él, con rotundo disgusto y no menos vehemente rechazo, y misma que ahora es recibida con asombrosa mansedumbre.

Ver a Garibay, escritor temerario, de pronto dócil huésped de esa silla, era ver un presagio más de su acercamiento a la “madre” tierra. Sin embargo, el ser testigo de su ánimo más bien accesible, otorgaba al compasivo una dulce sensación llena de serenidad, como si dijera: Calma, no pasa nada.

Sentados a la mesa del comedor, Garibay, sumido ya, ¡prontísimo!, en la silla azul, después de ciertos ajustes en los estribos hechos a toda velocidad por don Saúl, me dijo: ¡Tengo que encontrar la fe, Alejandra! ¡Tengo que encontrar la fe! La voz de Garibay emergía, profundo corolario de un monumental esfuerzo, entre sucintos suspiros y jadeos continuos que, a ojos vistas, conseguían menguar el dolor. ¡Imposible!, exhaló concluyente, con furia enronquecida. Tomando el oxígeno necesario para dar más tono a su aliento, como pidiéndole permiso al aire para ser poseído, Garibay continuó: Toma, Alejandra, lee, lee aquí. Garibay me tendió el pequeño libro abierto en la “Noche oscura”, de San Juan de la Cruz.

Leí. Garibay repitió el verso: *con ansias en amores inflamada*, verso que cruzó varias veces sus labios, dotándose, cada vez, de más fuerza y de sentido intenso, untado a las palabras... El alma de Garibay, desde que la conozco, trabaja con apasionado apego a las palabras de este místico de místicos, quien ahora se apersonaba ante mí después de siglos.

Garibay habló del alma del místico: infantil, sencilla, envidiable; y, de su constante acecho de Dios; habló de los dones —regalos de Dios— y de la gracia, don de dones que brinda la capacidad de dar buen uso a los otros dones; de la gloria, el universo al que volvemos con la gracia... y, de la gravedad que, recostándose en su materia, quedó suspendida en su rostro que se transformaba sensiblemente, pasando de la sombra que los dolores acerbos tendían sobre él, a la distensión clara, luminosa, que su lucidez traía consigo... De vez en cuando, Garibay sonreía así, entre la gloria y la gravedad.

Estuve dos horas ahí, frente al dolor y al gozo, frente al hombre que ya se derrumba y frente al escritor claridoso. Ojalá haya sido de alguna ayuda mi presencia... He vuelto a casa. Tengo que preparar mi taller. Garibay, a pesar de su padecimiento, a

las tres de la tarde saldrá para México a dar su conferencia de los miércoles. Esto me sorprende sobremanera por el tremendo ímpetu que lo mueve a pesar de sus dolencias, y también me asusta por la inevitable visión de su despedida, hablando reiteradamente, aquí y allá, como un preclaro evangelizador, de San Juan de la Cruz...

Espero la llegada de mis alumnos. Siento cierta fatiga que sólo puedo referir a la estancia con Garibay que, a fuerza de intensa compasión, me fue agostando.

ABRIL 7, 1999

La doctora Elia me dijo que las próximas sesiones de análisis serán de provecho para sustentarme y así poder darle apoyo a J. Matías y a Garibay, en estos momentos en que no salgo de la estupefacción, pues las palabras que emergían desde el diván me estremecieron hablando de la ya próxima e inexorable muerte de Garibay, a pesar de mi anhelo por decir lo contrario. Hubiese querido también oír a la doctora diciéndome: “No, Alejandra, no se apresure, calma, Garibay todavía no está pronto a morir”. Nada. Si existe un lugar en donde los engaños desaparecen y las entrañas de la lírica se asoman, es en ese espacio... Imposible, pero cómo me atreví a decir “la muerte de Garibay”, cuando todavía no sabemos qué tanto más pueda vivir... No sé, algo en Garibay mismo, en su rostro, me grita: “¡Ya no quiero vivir!”. ¡Dios!

Por ser esta semana de pascua, que bien alude a este pesoso tránsito con Garibay, no veré a la doctora Elia hasta la próxima semana. Tendré, pues, que confiarme a mis fueros y hacer acopio de fuerza.

Hace tiempo, en un café, sentada a una mesa con Javier Sicilia, poeta católico y buen amigo, hablábamos sobre Garibay. Sicilia dijo entonces que ojalá Garibay se arrepintiera pronto de

sus andadas en la vida, porque de no ser así iba a sufrir mucho después de su muerte. Atenazada por la angustia que me provocaron las palabras del poeta y la inevitable imagen de Garibay en su monstruosidad, le pregunté a qué se refería con aquello del arrepentimiento. Entonces, lacónicamente, Sicilia me dijo que Garibay sufriría antes de ver al creador. Ahora, atónita ante el recuerdo de ese diálogo y bordeando con Garibay el abismo de su muerte, deseo con todas mis fuerzas su arrepentimiento..., apenas tolero la imagen de su espíritu umbroso y sollozante en los círculos más bajos del derrotero dantesco.

ABRIL 13, 1999

Meses después de la entrevista con Sicilia, presenciando el calvario de Garibay, siento que ese castigo post mortem sería demasiado, vendría a ser algo así como un exceso de autoridad, sobre todo cuando el dolor lacerante ha encontrado confortables aposentos en su cuerpo, arrebatándole el alma para su provecho.

Más semeja, la enfermedad de Garibay, una ordalía purgatoria, que una preparación para llegar a las tinieblas.

ABRIL 14, 1999

Debatiéndose entre la vida y la muerte, Garibay busca la fe que estoy segura ya posee, pues ¿por qué tendría que hablar tan apasionadamente de Dios y de su Hijo, haciendo abstracciones con calidad de escolar? Quisiera no ser ruin, burda o grosera para decir que Garibay, colmado en su suplicio —simple corolario de toda su vida—, ha perdido de vista que quien no se ha perdonado es él mismo, porque perdonarse es arrepentirse para la próxima vez o, ¿acaso siendo el arrepentimiento sinónimo de dolor, no quiere Garibay un ápice más de desventura ante su martirio? Si vamos por la religión católica, es bien sabido que Dios ama a todos sus hijos...

Es difícil creerlo dada su vocinglera vanidad, pero Garibay no se quiere a sí mismo y, si se quiere, es poquísimo en comparación al desprecio que asume para sí. En un ser de esta naturaleza es harto difícil que haya cabida para el amor de otros, o de Dios mismo.

Garibay no se ha sabido querer: toda su existencia partida en dos, ahora hace su alegoría en una columna enferma, que a fuerza del deseo de separar de ella esos dos fragmentos que componen su existencia —el mundo y la familia—, la ha vencido, aniquilándola.

Si por ventura Garibay consiguiera perdonarse, obligadamente su vida volvería o entraría en una sola línea vertical, en una columna vertebral fuerte y sana, y no acribillada en esquiras, o, cuando menos, obtendría un grado menor, pero importante, de sufrimiento.

En la columna de Garibay se asienta el conflicto, pues. No obstante, es difícil dejar atrás ese deseo literario que le da fuerza y lo mantiene *por mor* de su entrega al mundo a través de las palabras, y esto, a ojos vistas, es amor. Creo que la fe está en Garibay, aunque no el perdón que tendría que venir de él mismo. Hasta ahora no se ha conseguido esta necesaria expiación mediante el diálogo, que bien medraría si se convirtiera en un reflexivo monólogo.

Mañana veré a Garibay. Espero que esas primeras radiaciones que ha recibido hayan conseguido amainar sus terribles molestias.